

# Camarada Socias Humbert

JOAN DE SAGARRA

LA VANGUARDIA, 9.11.08

El martes, poco antes del mediodía, Eladio Gutiérrez telefoneó a casa. Quería hablar conmigo, pero yo ya había salido a comprar los periódicos. Habló con mi mujer, y María Jesús, no más colgar el teléfono, fue a buscarme por las terrazas del barrio. Me encontró en el Gredos y me dijo: "Tengo que darte una mala noticia. Ha llamado Eladio Gutiérrez para decirte que Josep Maria Socias Humbert ha muerto esta madrugada en el hospital de Vall d'Hebron". Me sentó como un puñetazo en el estómago. Socias era uno de mis mejores amigos. Ignoraba que mi amigo había ingresado a principios de agosto en el Vall d'Hebron, quejándose de que no podía respirar. Mi discreto, discretísimo amigo, no me hizo llegar ningún mensaje, a través de su hija Pino o de su secretaria, Montse, sobre su ingreso en el Vall d'Hebron y la gravedad de su estado. Confío en que si no lo hizo fue porque creía superarla, pero, conociéndole como le conocía, me inclino a pensar que si no me llamó fue para ahorrarme otro puñetazo, como el que Eladio y María Jesús me dieron, el martes, en la terraza del Gredos.

Le conocí en el patio de la facultad de Derecho, en la vieja Universidad de la plaza del mismo nombre, en el mes de octubre de 1957. Yo llegaba de Deusto y aquel era mi segundo curso de Derecho. Un curso curioso, vamos a llamarlo así. Entre mis compañeros, había Lidia Falcón, Sebastià Auger, Ramon Mullerat (que venía de los jesuitas de Sarrià, como yo y como otro compañero de curso, Xavier Rubert de Ventós), Lluís Permanyer, Miquel Roca i Junyent, Josep Maria Loperena, Javier Coma y otros personajes que aparecían por la facultad de vez en cuando, como

Juan Carlos Muntadas, el hijo del conde de Reus; mi buen amigo Ignacio de Olano de Fontcuberta, conde de Fígols, y Alfonso de Aiguavives Pich, marqués de Alcanar - y nieto del alcalde Pich i Pont-, ya fallecido, como Juan Carlos Muntadas. Y un par de docenas de personajes más, que Javier Coma y Josep Maria Loperena seguramente recordarán mejor que yo. Pues bien, entre estos personajes estaba Josep Maria Socias Humbert. José María (entonces no se hacía llamar ni se llamaba Josep) era un chico un año mayor que yo (era del 1937): era alto, moreno y era de Falange. Era de Falange, pero de izquierdas. Eso tal vez sea difícil de entender y más para mi de explicar, pero era así: Josep Maria era más de izquierdas que algunos compañeros del PSUC. Conocía a Marx mucho mejor que ellos y era de Falange, pero no era franquista. Era un chico simpático, le respetábamos (los que no éramos de su cuerda) y se hacía respetar. Fue él quien en el bar de la facultad se me presentó. "Yo soy sobrino de Manuel Humbert, el pintor, amigo de tu padre", me dijo. Y yo le dije que un retrato que su tío había hecho del doctor Joaquim Borralleras - el tío Quim de mi infancia- colgaba en el despacho de mi padre; un retrato estupendo que mi padre admiraba mucho y que hoy cuelga en el comedor de mi casa. Desde aquel día, el camarada Socias se convirtió para mi en el sobrino del pintor Humbert, amigo de mi padre y del tío Quim.

Volvimos a encontrarnos veintiún años después, en el mes de abril de 1978. Socias era alcalde de Barcelona, el "último alcalde franquista", como todavía le conocen algunos, elegido a dedo antes de las elecciones democráticas de 1979 que dieron la alcaldía a Narcís Serra. Me citó en un bar de la calle Urgell, La Tour, junto a la entonces todavía plaza de Calvo Sotelo. Llegó acompañado de Lluís Serrat, que era el médico de sus hijos y a la sazón ocupaba la delegación de Sanidad del

Ayuntamiento. No se anduvo con rodeos y antes de terminar el primer whisky me ofreció la delegación de Cultura del Ayuntamiento. Me dijo que la mayor de las chicas Beltrán (hermana de mi amiga Emma Cohen), dejaba el cargo para casarse con un diplomático y precisaba de un sustituto. Pero, por qué yo. Con 40 años recién cumplidos, yo no tenía ni puñetera idea de la administración municipal, tenía todavía una cierta fama de enfant terrible, tenía un carnet de la CNT y era un tipo del todo incorrecto para el cargo, amén de haberme cachondeado en más de una ocasión de cómo se llevaba la cultura, la cultureta como decía yo, en el Ayuntamiento del camarada Socias.

Pero acepté (un guiño de ojo del amigo Serrat, uno de los tipos más brillantes, divertidos e incorrectos que he conocido en mi vida, me convenció) y así pasé once meses en el Ayuntamiento, de ilustrísimo delegado de Cultura, sin un duro, con un coche oficial que venía a buscarme a casa a las ocho de la mañana y por las tardes me dejaba plantado porque el chófer hacía el taxi. Once meses en los que me divertí de lo lindo. Le ofrecí el Tinell a Ovidi Montllor para que estrenase el Coral romput de Estellès. Pedí y conseguí, después de un pleno municipal la mar de movidito, la medalla de oro de la ciudad para el doctor Jordi Rubió. Cambié los premios de la ciudad: medio kilo para cada uno y le dimos el de Literatura a Carlos Barral por sus memorias, con un jurado presidido por Jaime Gil de Biedma. Saqué a la luz el Picasso eròtic, que permanecía oculto en la bodega del palacio de la calle Montcada. Fui a la Modelo a mostrarles a mis amigos joglars (La torna) una petición de indulto firmada por el alcalde de Barcelona. Todo eso y mucho más me dejó hacer el camarada Socias, el que fue mi alcalde y uno de mis mejores amigos. Un gran tipo.